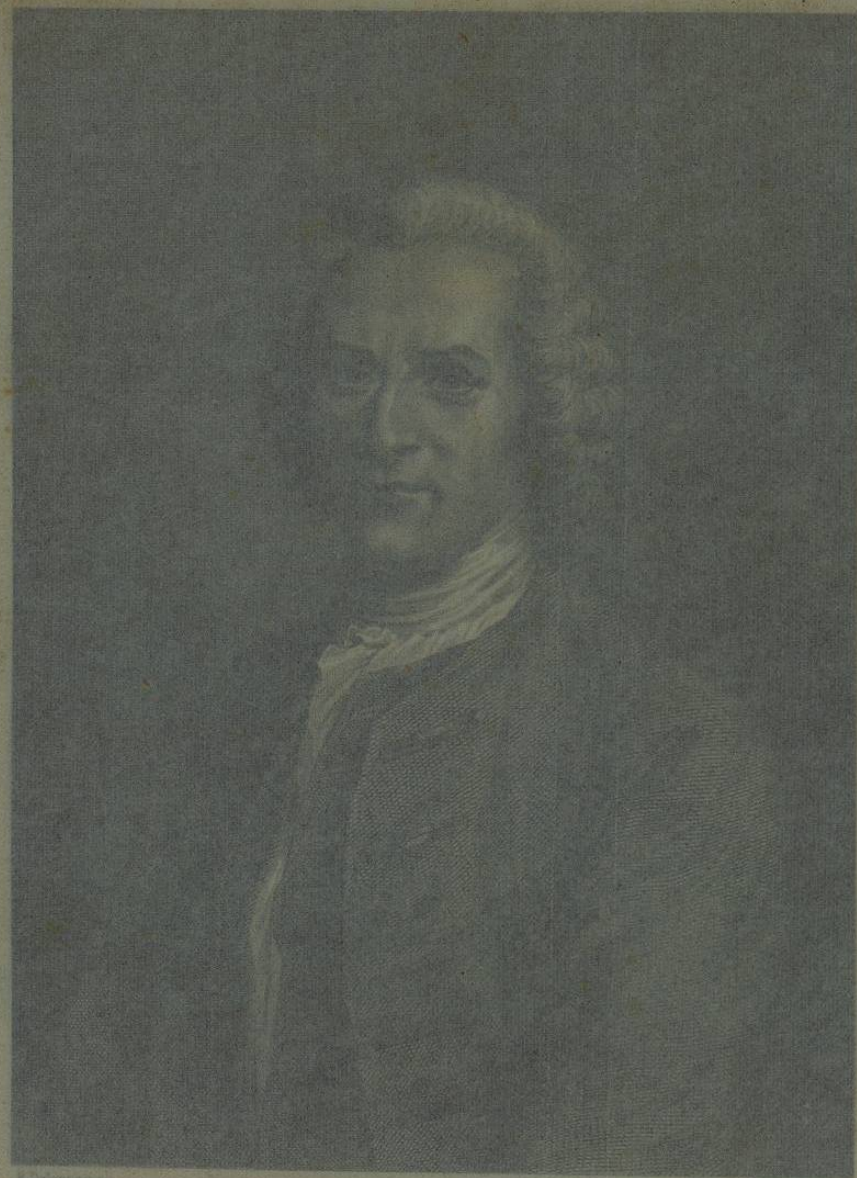


## J.-J. ROUSSEAU

### I

Después de haber hablado de la lengua pura, fácil, ligera, que el siglo décimoséptimo había legado al décimoctavo siglo, quisiera hablar hoy de aquella lengua del siglo décimoctavo considerada en el escritor que más que ninguno la hizo progresar, que, á lo ménos, la hizo sufrir la mayor revolucion desde Pascal. De aquella revolucion datamos los hombres del décimonono siglo.

Antes de Rousseau y después de Fenelon se ensayaron no pocas maneras de escribir que no eran ya las del siglo xvii: Fontanelles tenía su manera; Montesquieu tenía la suya; sólo Voltaire no la tenía, y su palabra viva, rápida, clara, corría como á dos pasos de la fuente. « Encontráis, escribía en alguna parte, que me explico bastante claramente: soy como los arroyuelos, que son transparentes por ser poco profundos. » Voltaire se dijo á sí mismo algunas semiverdades. El siglo, sin embargo, pedía más; quería ser conmovido, arrebatado, rejuvenecido por la expresion de ideas y sentimientos que no se explicaba bien, que no había definido, que todavía buscaba. La prosa de Buffon en los primeros volúmenes de la *Historia Natural* le ofrecía una imágen de lo que deseaba, una imágen más majestuosa que viva, un poco fuera de alcance, demasiado encadenada á los asuntos de ciencia. Apareció Rousseau, y el mismo día en que se reveló todo entero á sí mismo, descubrió á su siglo un escritor que parecia hecho para expresar con novedad, con vigor, con lógica inflamada, las ideas confusas que se agitaban y querían nacer. Apoderándose de aquella lengua que

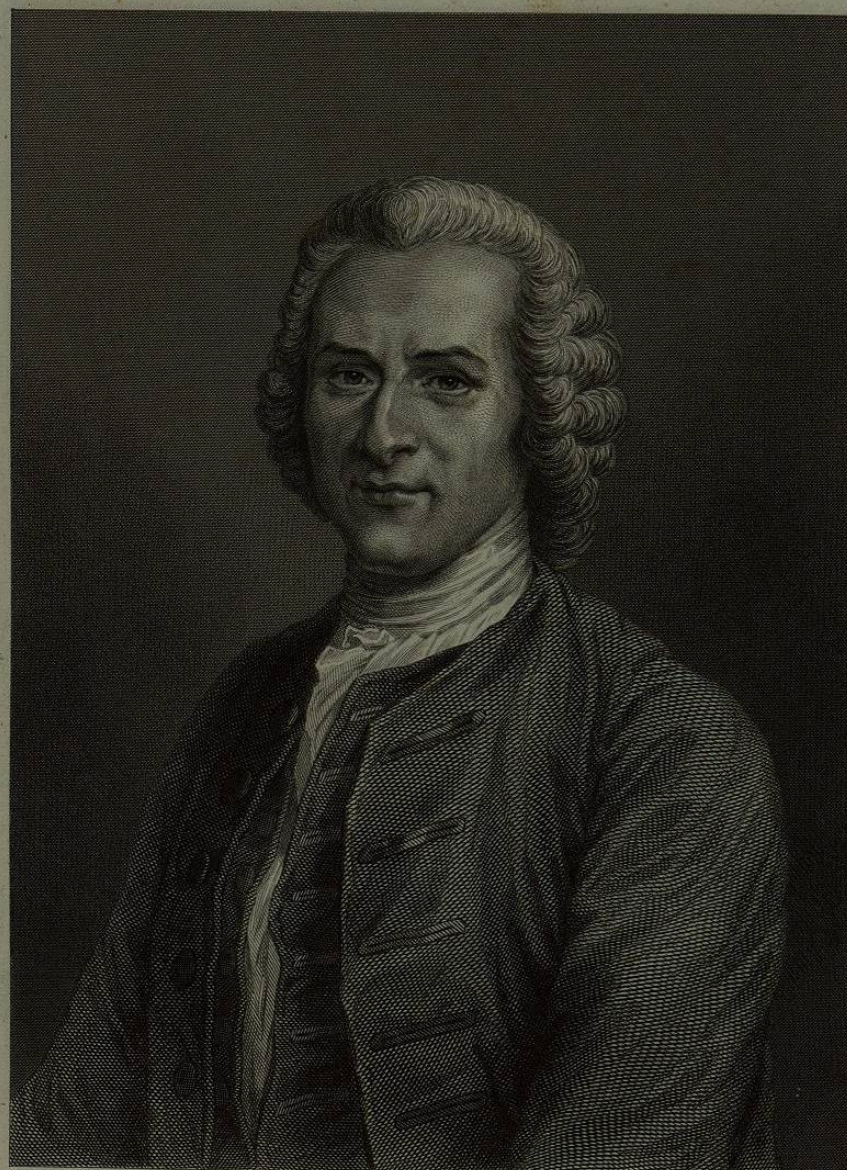


J. J. ROUSSEAU

## J.-J. ROUSSEAU

... de la lengua pura, fácil, ligera, que el siglo decimosétimo había legado al décimoctavo siglo, quisiera hablar hoy de aquella lengua del siglo décimoctavo considerada en el escritor que más que ninguno la hizo progresar, que, á lo ménos, la hizo sufrir la mayor revolucion desde Pascal. De aquella revolucion datamos los hombres del decimonono siglo.

Antes de Rousseau y despues de Fenelon se ensayaron no pocas maneras de escribir que no eran ya las del siglo xvii: Fontanelles, Buffon, Voltaire, etc. etc. pero ninguno tenía la suya: sólo Voltaire no la tenía, pero la tenía en su prosa, en su prosa de la época. El siglo, en su prosa, estaba ya cansado, arrebatado, rejuvenecido por la expresión de ideas y sentimientos que no se explicaba bien, que no había del todo, que todavía buscaba. La prosa de Buffon en los primeros volumenes de la *Historia Natural* le ofrecia una imágen de lo que deseaba, una imágen más majestuosa que viva, un poco fuera de alcance, demasiado encadenada á los asuntos de ciencia. Apareció Rousseau, y el mismo día en que se reveló, todo entero á sí mismo, descubrió á su siglo un escritor que parecia hecho para expresar con novedad, con vigor, con lógica inflamada, las ideas confusas que se querian nacer. Apoderándose de aquella lengua que



F. Delannoy sc.

Imp. Ch. Charbon aine

## J. J. ROUSSEAU

había necesitado conquistar y dominar, la forzó un poco y le imprimió como un pliegue que había de conservar; pero le dió más de lo que le hizo perder y puede decirse que la regeneró. Á partir de Juan Jacobo, todas las innovaciones intentadas por los grandes escritores lo han sido en la forma de lenguaje creada y establecida por él. La forma pura del siglo décimosétimo, no ha sido desde entónces más que una graciosa antigüedad que se recordaba por las gentes de gusto, pero que no se usaba.

Aunque las *Confesiones* no se publicaron hasta despues de la muerte de Rousseau, cuando ya imperaba su influencia, es en ellas donde con más comodidad podemos hoy estudiarlo con todos los méritos, con todos los prestigios, con todos los defectos de su talento. Intentaremos hacerlo, limitándonos en lo posible á la consideracion del escritor, pero sin excluir algunas observaciones sobre las ideas y el carácter del hombre. El momento presente no es favorable á Rousseau, á quien se imputa haber sido el autor y el promotor de muchos de los males que sufrimos (1). « No hay un autor, se ha dicho juiciosamente, más propio para ensoberbecer al pobre. » Á pesar de todo, trataremos de no dejarnos llevar de la disposicion que inclina á muchos á tenerle mala voluntad en las circunstancias penosas que atravesamos. Hombres que ejercen tal influjo y tienen tal alcance no deben ser juzgados por las impresiones y las reacciones de un dia.

La idea de escribir las *Confesiones* parece en Rousseau tan natural, que no se creeria en la necesidad de extrañas sugerencias; se la sugirieron sin embargo, primero el librero Rey (de Amsterdam), despues Duclos. Rousseau empezó á redactar sus *Confesiones* en 1774, á la edad de cincuenta y dos años, esto es, despues de la *Nueva Eloisa* y despues del *Emilio*. En la *Revista Suiza* ha aparecido el principio de las *Confesiones*, sacado de un manuscrito que existe depositado en la Biblioteca de Neuchatel, principio que es el primer borrador, más tarde suprimido, del libro de Rousseau. Este comienzo, mucho ménos enfático que el que se lee á la cabeza de las *Confesiones*, ni nos hace oír la *trompeta del juicio final*, ni acaba con el famoso apóstrofe al *SÉr Eterno*. Expone con más extension, pero más filosóficamente, el pro-

(1) Sainte-Beuve escribió este artículo en 1830, es decir, en pleno movimiento socialista.

yecto de Rousseau de describirse y confesarse, y hace comprender muy bien en qué consiste la originalidad y la singularidad de su designio:

«Nadie puede escribir la vida de un hombre más que él mismo. Su manera de ser interior, su verdadera vida, sólo él la conoce; pero al escribirla la disfraza y con el nombre de vida hace su apología. Se muestra como quiere ser visto, no como es. Los más sinceros son veraces á lo sumo en lo que dicen, pero mienten en sus reticencias; y lo que callan cambia de tal modo lo que fingen confesar, que diciendo una parte de la verdad no dicen nada. Pongo á Montaigne á la cabeza de estos *falsos sinceros* que quieren engañar diciendo la verdad. Se muestra con defectos, pero no se atribuye sino defectos amables: *no hay hombre que no tenga algo de odioso*. Montaigne se pinta parecido, pero de perfil. Si tiene granos ó le falta un ojo en el lado que nos oculta, ¿no cambiará totalmente la fisonomía?»

Quiere hacer, pues, lo que nadie ántes que él ha hecho ni proyectado. Respecto al estilo, parécele que debe inventar uno tan nuevo como su proyecto y proporcionado á la diversidad y disparidad de cosas que se propone describir:

«Si quiero hacer una obra escrita con cuidado como los otros, no me pintaré, me acicalaré. No se trata de hacer un libro, sino mi retrato. Voy á trabajar, por decirlo así, en la *Cámara oscura*; no conviene otro arte que el de seguir exactamente los rasgos que veo marcados. Tomo pues mi partido sobre el estilo como sobre las cosas. No me ocuparé en hacerlo uniforme, empleando siempre el que me ocurra, cambiando sin escrúpulo segun mi humor; diré cada cosa como yo la sienta, como yo la vea, sin rebuscamiento, sin dificultad, sin embarazo, no parándome en lo abigarrado del conjunto. Entre-gándome á la par al recuerdo de la impresion recibida y al sentimiento presente, pintaré por duplicado el estado de mi alma, es decir, en el momento en que ha ocurrido el suceso y en el momento en que lo describo; mi estilo desigual y natural, rápido ó difuso, prudente ó loco, grave ó alegre, tambien formará parte de mi historia. En fin, cualquiera que sea la manera en que esta obra pueda estar escrita, siempre será por su objeto un libro precioso para los filósofos: es, lo repito, un instrumento de comparacion para el estudio del corazon humano y *el único que existe.*»

El error de Juan Jacobo no consistió en creer que confesándose en voz alta y en presencia de todos, con un sentimiento distinto de la humildad cristiana, hacía una cosa única y de las más curiosas para el estudio del corazon humano; su error fué el de creer que hacía una cosa *útil*. No vió que obraba como el médico que se pusiera á describir de una manera inteligible, seductora, al alcance de todo el mundo, alguna imperfeccion, alguna enfermedad mental bien caracterizada; este médico sería culpable y responsable, en parte, de todos los maniacos y locos por imitacion y por contagio que su libro hiciera.

Las primeras páginas de las *Confesiones* son demasiado acentuadas y penosas. Pero al lado de sus rudezas hay una sencillez familiar y penetrante completamente nueva.

«Ántes de pensar sentí; esta es la suerte comun de la humanidad. Yo la experimenté más que los otros. Ignoro lo que hice hasta los cinco ó seis años. No sé cómo aprendí á leer; no me acuerdo de mis primeras lecturas y del efecto que produjeron en mí. Mi madre habia dejado novelas; mi padre y yo nos pusimos á leerlas despues de cenar. La cuestion era ejercitarme en la lectura por medio de libros divertidos; pero en breve el interes se avivó y mi padre y yo leíamos alternativamente y sin descanso pasando las noches en esta ocupacion. Jamas pudimos dejarla hasta el fin del volumen. Algunas veces mi padre, oyendo cantar las madrugadoras golondrinas, decia avergonzado: *Vamos á acostarnos, yo soy más niño que tú.*»

Notad esta golondrina, la primera que anuncia una primavera de la lengua; empieza á aparecer en Rousseau. De él data entre nosotros el sentimiento de la naturaleza. Data de él, asimismo, el sentimiento de la vida doméstica en nuestra literatura.

«Es un capricho que no comprendo (habla de una cancion de su infancia); pero me es imposible cantarla hasta el fin sin ser interrumpido por las lágrimas. Cien veces he proyectado escribir á París pidiendo la parte que he olvidado de la letra, si es que alguno la recuerda todavía; pero estoy casi seguro de que el placer que tendria repitiendo este aire, se desvanecería en parte con la prueba de que lo habian cantado otros que mi pobre tia Susana.»

Hé aquí lo nuevo del autor de las *Confesiones*, hé aquí lo que nos seduce, abriendo un manantial imprevisto de sensibilidad íntima y

doméstica. Leyendo los *Recuerdos* de madama de Caylus ¿ de qué reminiscencias infantiles nos habla? ¿ qué es lo que ha querido? ¿ qué es lo que ha llorado dejando el hogar en que nació? Ni siquiera sueña en decirlo. Y es que las razas aristocráticas y finas tienen en poco estas cosas tan sencillas ó no se atreven á dejarlas ver. Conocemos su ingenio y de él gozamos; pero ¿ dónde está su corazón? Es preciso ser un provinciano y un hombre nuevo como Rousseau, para sentir las afecciones interiores y las de la naturaleza.

Por eso cuando observamos con algun sentimiento que Rousseau ha forzado, ahuecado y laborado la lengua, añadimos inmediatamente que tambien la ha sembrado y fertilizado.

Un hombre de alta raza aristocrática, pero discípulo de Rousseau y que no tenía mucho más que él el sentimiento y el temor del ridículo, M. de Chateaubriand, ha hecho en *René* y en sus *Memorias*, de una manera más ó ménos directa, muy parecidas confesiones, produciendo efectos mágicos y sorprendentes. Observemos, no obstante, las diferencias. Rousseau no es lo que se llama vulgarmente un hombre *bien nacido*; carece de la elevación primera; tiene inclinación al vicio y á los vicios bajos; tiene concupiscencias vergonzosas y ocultas que no son de caballero; tiene increíbles timideces que se truecan de pronto en desvergüenzas de *vago* y de *perdido* como él se llama; en una palabra, no tiene la salvaguardia del honor que Chateaubriand tuvo siempre á su lado, desde la niñez, como centinela vigilante junto á sus defectos. Pero Rousseau con todas sus desventajas, que no tememos calificar con sus nombres, vale más que Chateaubriand en el sentido de ser más humano, más hombre, más sensible. No tiene aquella dureza verdaderamente feudal, ni aquellas inadvertencias del corazón, hablando, por ejemplo, de sus padres. Al hablar de los errores del suyo, ¡ con qué delicadeza indica un punto tan doloroso! No hablo de la delicadeza caballeresca, sino de la verdadera, de la interior, de la que es moral y humana.

Es increíble que su sentido moral, que tan alto lo tenía en relación á los otros hombres, no advirtiera á Rousseau los extravíos de su existencia y aún los de locución. Su estilo, como su vida, conservó alguna cosa de los vicios de la educación primera y de las primeras malas compañías. Después de una infancia honestamente pasada en el

círculo del hogar doméstico, entra en aprendizaje y sufre durezas mil que lo desentonan y depravan su delicadeza. Las palabras *pillo*, *vago*, *bribon* y otras de tan mal gusto, parece que brotan con cierta complacencia de su pluma. Su lenguaje tuvo siempre algo del mal tono de los primeros años.

Distingo en la lengua de Rousseau dos clases de alteraciones; las unas motivadas en que es de provincia y habla un francés nacido fuera de Francia; las otras, corrupciones más bien que alteraciones, son mucho más graves, puesto que se refieren al sentido moral. Parece no sospechar siquiera que existen ciertas cosas que no es lícito expresar, que hay expresiones innobles, asquerosas, cínicas, de que el hombre honrado debe prescindir ó las ignora. Rousseau había sido lacayo y bien se conoce en más de un punto de su estilo. No aborrece el nombre ni la cosa. « Si Fenelon viviera sería católico, » le dijo un día Bernardino de Saint-Pierre viéndole enternecido en no sé qué ceremonia del culto. « Si Fenelon viviera, exclamó Rousseau, trataría de ser su lacayo para merecer que me hiciera su ayuda de cámara. » Le faltaba gusto aún en la emoción.

Tardo en pensar, pronto en sentir, con vivas concupiscencias, con un sufrimiento cada día, llega Rousseau á la edad de diez y seis años y se pinta en estos términos:

« Así llegué á mis diez y seis años, inquieto, descontento de todo y de mí, sin gusto por mi estado, sin placeres de mi edad, devorado por deseos cuyo objeto ignoraba, llorando sin motivo, suspirando sin saber por qué, acariciando con ternura mis quimeras, no viendo nada en torno que valiera tanto. Mis camaradas me buscaban los domingos después del sermón para ir á jugar con ellos; yo me hubiera evadido si hubiese podido hacerlo, pero una vez jugando era el más animado é iba más lejos que los otros. »

¡ Siempre en un extremo! — En lo copiado hemos reconocido la primera forma de los pensamientos y casi de las frases de René:

« Mi humor era impetuoso, mi carácter desigual. Unas veces alegre y entusiasta, otras silencioso y triste, agrupaba á mi alrededor á mis jóvenes compañeros y de repente los abandonaba, me sentaba solo y me ponía á contemplar una nube fugitiva ó á escuchar la lluvia cayendo sobre el follaje. »

Y en otra parte :

« Joven, cultivaba las musas ; no hay nada más poético que un corazón de diez y seis años en la frescura de sus pasiones. La mañana de la vida es como la del día, con todas sus imágenes, con todas sus armonías, con toda su pureza. »

René, en efecto, es aquel mismo joven de diez y seis años trasportado al seno de otra naturaleza y á otra condicion social ; no ya un aprendiz grabador, hijo de un modesto vecino de Ginebra, sino caballero, noble, amigo de los viajes, amante de las musas. Todo al primer aspecto reviste colores más seductores, más poéticos ; lo inesperado del paisaje y del cuadro realza el personaje y caracteriza una manera nueva. Pero el primer tipo sensible está donde lo indicamos, y Rousseau, mirando en sí mismo, es quien lo ha descubierto.

René es para nosotros un modelo que nos agrada más, porque en él están velados todos los lados feos ; tiene un tinte griego, un no sé qué de la caballería y del cristianismo, que cambian sus reflejos en la superficie. Las palabras, en esta obra maestra de arte, tienen una magia desconocida y nueva : están llenas de luz y de armonía. Los horizontes se han engrandecido y el rayo del Olimpo los alumbró. Rousseau no tiene nada de comparable á juzgar por la primera impresion, pero es más verdadero en el fondo, más real, más vivo. Las dos naturalezas, la de René y la de Rousseau, tienen un predominio de la imaginacion y de la sensibilidad que replegándose sobre ellas mismas se devoran ; pero de las dos la de Rousseau es más sensible. Rousseau es más original y más sincero en sus fantasías quiméricas, en sus melancolías, en sus pinturas de un ideal de felicidad perdida. Cuando al dejar su patria, al fin del primer libro de las *Confesiones*, se representa el cuadro de la oscura dicha que hubiera podido ser su patrimonio ; cuando nos dice : « Yo hubiera podido pasar una vida dulce y apacible en el seno de mi religion, de mi patria, de mi familia y de mis amigos, una vida tal como conviene á mi carácter, en la uniformidad de un trabajo de mi gusto y de una sociedad segun mi corazón ; yo hubiera sido buen cristiano, buen ciudadano, buen padre de familia, buen amigo, buen obrero ; yo hubiera vivido contento con mi estado, *honrándolo tal vez* ; y despues de haber pasado una vida, oscura y sencilla pero igual y dulce, hubiera muerto apaciblemente en el

seno de los míos. Pronto olvidado, sin duda, á lo ménos habría sido sentido todo el tiempo que se acordaran de mí » ; cuando así nos habla, digo, nos convence en efecto de la sinceridad de sus votos y sus sentimientos, pues respira en todas sus palabras una nostalgia profunda del dulce y tranquilo encanto de la vida privada.

Así pues nosotros, los hombres de este siglo, que todos hemos sido más ó ménos soñadores, no hagamos como los ennoblecidos que reniegan de su abuelo, sepamos que ántes de ser hijos indignos del noble René, somos con más seguridad nietos del plebeyo Juan Jacobo.

El primer libro de las *Confesiones* no es el más notable ; pero en él se encuentra ya encerrado todo entero Juan Jacobo, con su orgullo, sus vicios en germen, sus genialidades grotescas, sus bajezas y sus inculturas ; con su altivez y la independencia que le realza ; con su infancia feliz ; con su martirizada adolescencia que habia de inspirarle apóstrofes á la sociedad y vengadoras represalias ; con su amor á los placeres domésticos, á los goces de familia que apenas conoció ; por último, con las ráfagas primaverales, con los rientes albores del nuevo día que brillará en la literatura del siglo XIX. Podemos ser hoy poco sensibles á las primeras páginas pintorescas de Rousseau ; estamos ya tan hechos á los colores que olvidamos cuán nuevos y cuán frescos fueron entónces sus paisajes. Su aparicion fué un acontecimiento en medio de aquella sociedad espiritual y fina, pero seca, tan desprovista de verdadera sensibilidad como de imaginacion, privada ella misma de la savia que circula y en cada estacion florece. Fué Rousseau el primero que infundió esta savia vegetal potente en el árbol delicado que se moria. Los lectores franceses, habituados al aire ficticio de una atmósfera de salón, aquellos lectores *urbanos*, como él los llama, se sorprendieron y regocijaron al sentir del lado de los Alpes el viento purísimo de las montañas que llegaba para dar aliento, para hacer revivir una literatura distinguida, pero agonizante.

Ya era tiempo ; y bien puede decirse por esto que Rousseau no es un corruptor de la lengua, sino en suma un regenerador.

La Fontaine es el único, entre los franceses, que ántes de Rousseau habia sentido en el mismo grado los encantos de la naturaleza. Pero su ejemplo no fué imitado. Se le dejaba ir y venir con su fábula y todos permanecian en los salones. Rousseau fué el primero que obligó á todo